

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

Petra sale por la puerta del fondo, llega á la del dormitorio de Isabel y habla con doña Gertrudis sin entrar.

LUEGO, DOÑA GERTRUDIS: LUEGO, CARLOS.

Petra.—Niña, ahí está el señor don Carlos, que quiere hablar con vd.

Doña Ger.—*(Saliendo.)* ¿Carlos me busca? dile que pase.
[Vase Petra].

Carlos.—*(Entrando.)* Señora perdonéme vd. si vuelvo, pero no me acostumbro, no puedo acostumbrarme á prescindir de Isabel. Si vdes. supieran la noche que he pasado!.....

Doña Ger.—*(Sollozando.)* Y si vd. supiera la que hemos pasado nosotros..... las que seguiremos pasando....

Carlos.—*(Inquieto.)* Pues, ¿qué sucede, doña Gertrudis, por Dios; por qué llora vd.? ¿Está enfermo alguno?

Doña Ger.—Sí, Isabel se enfermó, se nos ha puesto algo mal....

Carlos.—*(Ansioso.)* Isabel?... Isabel se ha enfermado.... de qué?... dígame vd. de qué, doña Gertrudis....

Doña Ger.—*(Queriendo aparecer tranquila.)* Siéntese vd. un momento, se le contará en dos palabras, pues te-

mo que Antonio vuelva y lo vea á vd. aquí. *[Se sientan]*
Carlos.—Nó, si no me importa que me sorprenda. Yo le rogaré, me hincaré si es preciso, y ya verá vd. como me permite el que me informe, así, de lejos; sin verla yo, sin que me vea ella... pero, hable vd. doña Gertrudis, cuéntemelo todo...

Doña Ger.—Pues, verá Ud. La pobrecita, alarmada por lo que tardaban Udes. en su conferencia, se puso á espiarlos, desde la puerta; yo, andaba por la cocina, no pude evitarlo.....

Carlos.—Y oyó la negativa?....

Doña Ger.—Parece que sí, que los sorprendió en el mismo instante en que Antonio le suplicaba á Ud. que no volviera nunca.....

Carlos.—Y ¿entonces?.....

Doña Ger.—Yo oí un grito, conocí su voz, y en el acto, corriendo, me fui á su cuarto y la ví en el suelo, desmayada, respirando apenas..... salgo aquí, porque algo me sospeché de lo ocurrido, y Ud. no estaba ya, iría por el patio.....

Carlos.—¿Y D. Antonio?..... ¿Por qué no me llamaron, Doña Gertrudis?.....

Doña Ger.—Sí, como para llamarlo á vd. tenía yo la cabeza! Antonio se puso hecho un loco; Petra se fué á traer un médico, y yo con Isabel á acostarla, á hacerla volver en sí.....

Carlos.—Ay, Doña Gertrudis, permítame ud. que le bese la mano *(se la besa)* ¡que le haga yo muchos cariños, pero muchos *(se los hace)*; como se los haría á mi madre, como si vd. lo fuera, que ya lo es... Y dígame vd. no es nada de cuidado ¿verdad? ¿el médico dijo que no era de cuidado?...

Doña Ger.—Es decir, dijo que por el momento el peligro había pasado, pero que puede volver; que no estaba seguro de si había sido solo un ataque nervioso*ó si su corazón andaría mal.....

Carlos.—Pero qué ¿nada recetó? ¿no le hizo ningún reconocimiento? ¿Es médico conocido? ¿No sería un charlatan, un charlatán?.....

Doña Ger.—Es un doctor López, el primero que encontraron, y si la reconoció, esta mañana, en su segunda visita. Anoche recomendó un calmante, mucho reposo; y hoy ha recetado más en forma, una porción de cosas que el mismo Antonio ha ido á traer.....

Carlos.—Doña Gertrudis, por lo que vd. quiera más, déjeme vd. volver, volver muchas veces, á informarme con la criada siquiera; y ruéguele vd. á don Antonio; ablándole vd., que se olvide de la nacionalidad de mi padre y piense sólo en la salud de su hija; le ha de importar más, estoy seguro, y si ud. se empeña, también lo estoy de que pasará por todo ¿quiere vd?.....

Doña Ger.—Si dependiera de mí! Si Antonio no tuviera en la cabeza tantas ideas raras, porque las tiene en la cabeza nada más, créamelo ud., en el corazón sólo tiene oro, oro puro.....

Carlos.—Pues por eso, insista vd., pero insista vd. mucho, y yo, por si él se ablanda y vd. me necesita pronto, me pasaré el día en esta calle, en algún zaguan..... No voy á trabajar, porque no podría hacerlo, porque mi cabeza y mi alma y mis cinco sentidos se me quedan aquí.....

Doña Ger.—(Se levanta sonriendo tristemente). Pobre Carlos! Yo me encargo de guardárselos, y ahora váyase ud. y salga con cuidado; que Antonio no vaya á encontrarlo.....

Carlos.—Oh, lo haré con tanto cuidado, que ni los vecinos más curiosos han de enterarse de que he venido.

Doña Ger.—(Dándole la mano) Pídale ud., á Dios Carlos, que alivie á nuestra enfermita.....

Carlos.—Y ud., señora, pídale á Dios por mí también.... lo necesito. (Vase Carlos)

ESCENA SEGUNDA

DOÑA GERTRUDIS se sentará á hacer labor y, á poco, se oirá la voz de ISABEL. Luego D. ANTONIO cargado de drogas.

Isabel.—(Desde dentro) Madre.....

Doña Ger.—(dejando la labor.) Voy, voy.....¿qué quieres? (Entra.)

D. Ant.—(Hosco, agrio el gesto, deja las drogas sobre la mesa y va de puntillas á asomarse á la puerta de Isabel.) P.t.....Gertrudis.....

Doña Ger.—(Saliendo.) Trajiste todo?.....

D. Ant.—Sí.....unas cucharadas y unas píldoras, qué se yo.....Ahí están, sobre la mesa.....(finge indiferencia.) Y esa criatura, cómo sigue?.....

Doña Ger.—(Severa.) Ella dice que mejor; pero yo no veo la mejoría, en cuanto se cree sola no cesa de llorar.

D. Ant.—¿Volverá el médico? ...

Doña Ger.—(Cosiendo.) Ya lo creo que volverá, no faltaba más.....

D. Ant.—(Se pasea nervioso.) Y qué te ha dicho?.....

Doña Ger.—¿Quién?....

D. Ant.—Cómo ¿quién? Pues ella, Isabel, ¿qué te ha dicho de mí?....

Doña Ger.—De ti?..... pobrecita!..... que por qué no habías entrado á verla?..... que si no habías dormido anoche?....

D. Ant.—(Con júbilo que reprime.) ¿De veras..... ¿te ha dicho eso?..... Vaya, me alegro de que se acuerde de mí, que soy su padre.....

D. Ger.—(Conciliadora.) También me ha preguntado por... Carlos.....

D. Ant.—(Furioso.) Gertrudis! ya sabes que de ese individuo no quiero oír ni el nombre, nó, ni el nombre: Ya que se ha marchado, déjalo; que se borre su recuerdo, por algo hemos de empezar; y si queremos borrarlo del corazón de Isabel, tenemos que empezar por borrarlo de nuestros labios, de nuestros muebles, de nuestra casa, y los labios, los cerraremos, y sacudiremos los muebles y ventilaremos la casa, hasta que nada quede, ni en rincones, ni en ninguna otra parte.....

Doña Ger.—Y quién ha de ayudarte á ese aseo general?...

D. Ant.—Tú y nadie más que tú; porque sin tí no puedo

nada, porque te necesito después para ir á limpiar el corazón de Isabel, á sacudirlo y ventilarlo, pero todo enterito, sin que nos quede por escudriñar ni su más virginal repliegue; hasta que arrojemos al intruso con nuestras súplicas de padres y nuestro llanto de viejos.....

Doña Ger.—Pero es posible Antonio, que queriéndola como la quieres, la sacrifiques sin remordimiento?.....

Y luego, ¿por qué? vamos á ver ¿por qué?.....

D. Ant.—¿Principiamos de nuevo?.....

Doña Ger.—Y principiaremos siempre.....(*decidida*) rechazaste la fortuna y yo nada te dije; repeté tu determinación porque estoy acostumbrada á ello, porque nunca te he contrariado; pero que apruebe yo el que sacrifiques á tu hija, á nuestra hija, eso ni te lo figures, protestaré y me opondré con todas mis fuerzas. Busca quien te ayude en la limpieza esa que querías hacer....

D. Ant.—Gertrudis!!.....

Doña Ger.—Ya te lo digo, lo que es en mí ni pienses....

D. Ant.—Gertrudis, no me pongas en un disparadero, ya me conoces.....

Doña Ger.—¿Conocerte yo? Mentira..... si te me han cambiado!..... si tú no eras así!..... eres otro, otro que no conozco, que no deseo conocer.....

D. Ant.—Pero te propones acaso que Cristo cargue con todo?.....

Doña Ger.—Nó, lo que me propongo es que me devuelvas á mi marido, aquel que me ha acompañado treinta años; al que de novio me juró que yo sería su tesoro; al que de esposo me ha llamado su santa, al padre de mi hija, no á este patriota que me la asesina sin que la patria esté en peligro....

D. Ant.—¿Conque ha cambiado? ¿conque porque no permito que en la sangre de mi hija se inocule sangre enemiga, sí, como lo oyes, sangre enemiga, sangre que nos odiaba, que venía á destruirnos, á derramar la nuestra, la mia propia, por eso, no soy el mismo?...

Doña Ger.—¿Carlos odiarnos!..... Carlos nuestro enemi-

go!...Nó, si ni tú lo crees...si sería locura que lo creyeras...lo ves, lo ves cómo estás cambiado?....

D. Ant.—Y dale con el cambio! Mira, tan soy el mismo, que ahora, cuando he corrido el riesgo de que me la arrebatan, creo que la quiero más, mucho más que antes.....

Doña Ger.—Pues no te lo creo, nó, aunque te enfades; si más la quisieras, la compadecerías, se la darías á Carlos que es su ventura, ó por lo menos lo que ella cree su ventura, y al primero que viniera á reprochártelo, lo confundirías preguntándole: "¿Dígame v.l., caballero, vd. tiene hijos?"

D. Ant.—Pero ¿no ves que primero fui hijo de mi patria que padre de mi hija? ¿no sabes que sin la patria no existiría la familia?.....

Doña Ger.—No lo sé, y le doy gracias á Dios por mi ignorancia, tua ignorancia que me permite adorar á mi hija sobre todas las cosas.....

D. Ant.—Gertrudis, no digas eso, no blasfemes.

Doña Ger.—Blasfemar! anda, pregunta á cuantas madres conozcas y verás cómo te responden lo que te respondo yo; díles que elijan, ponlas en mi caso y que me condenen.....

D. Ant.—Y á mí ¿qué me importa lo que opinen los demás si mi conciencia me aprueba á gritos lo que he hecho?

Doña Ger.—En tal caso, ponla en cura, tienes una conciencia demasiado enferma.....

D. Ant.—Gertrudis, tén la lengua; no me sulfures, porque no respondo de mí.....

Doña Ger.—(*con dulzura.*) Pero yo sí, yo sí respondo de tí.....Mira, siéntate aquí, á mi lado, y hablemos en calma, como hemos hablado siempre de las cosas graves; y ésta lo es, vaya si lo es, lo reconoces tú más que yo.... (*se sientan juntos.*)

D. Ant.—Grave? nó.... por el momento, si acaso: Isabel es muchacha, está sana, ya verás cómo se alivia, y pronto, si nosotros nos empeñamos.....¿no vemos todos los días á muchachas que rompen con el novio

y que á poco ni lo recuerdan; que se casan con otro ó no se casan, pero que sin embargo se la pasan tan felices?.....

Doña Ger.—¿Y sabes tú cuántos de esos corazones se quedan desgarrados?..... ¿cuántas de esas muchachas lloran por dentro, sin consuelo y sin esperanza?.... Además ¿quién te asegura que Isabel esté sana? ¿el médico no nos dijo que podía tener algo serio?.....

D. Ant.—Ésa es otra cosa, enteramente distinta, una invención del mediquillo éste para sacarnos dinero... pero ¿á que no se atreve á sostenerme que á mi hija puede matarla mal de amores?.....

Doña Ger.—Ignoro si el médico te lo sostendrá ó nó, la que es yo, yo que soy su madre y que la conozco mas que todos los médicos del mundo, no sólo te lo sostengo, sino que te lo aseguro.....

D. Ant.—Bah tú qué sabes?... (*levantándose*) Y sobre todo, estoy decidido, entre mi hija y la patria, á la que creería ofender cediendo, elijo la patria.....

Doña Ger.—Antonio, por Dios, ¿de cuando acá eliges esa patria que nadie te ofende, si siempre has preferido á tu hija?.....

D. Ant.—Yo?.....

Doña Ger.—Tú, tú; ¿no te acuerdas?..... Pues acuérdate, vuelve la cara atrás, cuando por verla nacer te quedaste en México con licencia y no pudiste estar en no sé cuál acción.....

D. Ant.—Bien, pero eso fué.....

Doña Ger.—Fué, porque ya la amabas; porque saberte padre te satisfacía más que saberte valiente; porque preferiste recoger la primera sonrisa de tu ángel á cosechar un girón de gloria envuelto en una bala.....

D. Ant.—Nó, no fué eso.....

Doña Ger.—¿Y después?..... cuando prescindías de amigos y de paseos y de cuanto hay, por velarle su sueño junto á la cuna?.... y cuando dejabas que ella, una chiquilla, te sacara las charreteras y te arrebatara tus cruces y montara á caballo en tu espada....

Sobre tus cruces se leían muchas cosas: "al patriotismo" "al valor," toda una leyenda de dignidad, de bravura, y acuérdate, acuérdate cómo tu patriotismo y tu valor y tú mismo, rodaban por la alfombra, yendo á parar debajo de los muebles; cómo eran pisoteados por sus piecitos desnudos, que tú preferías, que te comías á besos, mientras yo iba recogiendo los besos que entre los dos se desperdiciaban, las cruces y las armas, tus glorias y tu espada.....

D. Ant.—Hacia yo mal, muy mal, pero era mi primer hijo.....

Doña Ger.—Y cuando el señor liberal le llevó una crucécita de oro y él mismo se la puso en el cuello?....

D. Ant.—Debilidades de marido, por no lastimar tus creencias.....

Doña Ger.—Y cuando la muerte se acercó á su cuna y nos la quiso llevar ¿por qué invocabas á Dios, por qué renegabas de tu carrera que te obligaba á dejarla, por qué preferiste que te arrestaran toda una semana á separarte de ella ni un instante en aquella tarde en que casi agonizó en tus brazos?..... Sin embargo, parece me recordar que la patria entonces no andaba muy segura, y ¿qué te importó? en tu memoria y ante tu vista sólo existía tu hija agonizante, tu hija que pudo más, que te hacía llorar con sus rizos húmedos y su carita triste.....

D. Ant.—(*emocionado*) Era yo muy muchacho.....ya la adoraba..... el dolor me enloqueció.....

Doña Ger.—[*muy animada*] Eso, eso era; que la adorabas como la has adorado siempre; como la has adorado después, cuando ella joven y con derecho á gozar no hemos podido darle sino amarguras y penas...

D. Ant.—Ah!... (*se lleva el pañuelo á los ojos y con la otra mano implora silencio.*)

Doña Ger.—(*consolándolo*) ¿No le juraste siempre que la harías feliz? Pues, cúmplelo, anda ¿qué te cuesta?....

D. Ant.—Lo que me cuesta?..... Romper un culto..... violar un juramento.... Mira, en este instante lu-

chan mi corazón y mi cabeza..... En mi cabeza veo la patria... un ideal sagrado..... algo grande que no me explico, que me deslumbra, que venero.... con una pureza tal. que se me figura que se la ofende con cualquier pequenez, aunque sea involuntaria... Y en el corazón, siento á mi hija, aus lágrimas me lo despedazan, y él protesta, me toca en el pecho como si tuviera ansia infinita de que le dé yo gusto..... Y no sé qué hacer, no lo sé, te juro que estoy enfermo....

Isabel.—(desde dentro.) Mamá!.....(D. Ant. se estremece al oirla y Doña Gertrudis como si implorara ayuda del cielo. se inclina después sobre su marido, más suplicante aún.)

Doña Ger.—¿La oyes?..... Es tu hija que llama..... hazla dichosa.....

D. Ant.—(desesperado.) Pero si no puede ser....

Isabel.—(desde dentro) Mamá ¿puedo salir?.....

Doña Ger.—Vamo... mírala siquiera ¿le digo que venga?...

D. Ant.—Sí, sí, déjala..... (enjugándose apresuradamente.)

Doña Ger.—Espera, espera; que voy por tí.

ESCENA TERCERA.

DICHOS, ISABEL APOYADA EN EL BRAZO DE DOÑA GERTRUDIS Y BASTANTE PÁLIDA.

Isabel.—(que sorprende el movimiento de D. Ant.) ¿Estás llorando?.....

D. Ant.—(turbado) Nó, llorar nó.... sino que no me siento muy bien..... Y tú, mi hijita, mejor ¿verdad?..... vaya, siéntese vd. aquí, eso es, (la acomoda amorosamente) y ahora..... cuéntame..... ¿qué tal? ¿te pasó el susto.....

Isabel.—Si vieras, no me siento tan mal..... algo débil.

Doña Ger.—Conque á platicar..... me gusta dejarlos así.

Isabel.—Qué ¿te vas?.....

Doña Ger.—Vuelvo ahora mismo .. (con intención) tengo que ir á prepararte una medicina.....

(Vase Doña Gertrudis.)

ESCENA CUARTA.

DICHOS, MENOS DOÑA GERTRUDIS.

D. Ant.—(se pasea nervioso y de pronto interroga á Isabel)

Dime ¿lo quieres mucho?..... la verdad.....

Isabel.—[con tristeza] Pero tanto, tanto, que ya ves lo que he sufrido..... y lo que sufro.....

D. Ant.—¿Sufres mucho?.....

Isabel.—(llora) Mucho, muchísimo....

D. Ant.—¿No puedes prescindir de él?.....

Isabel.—Sí, puesto que tú lo ordenas.....

D. Ant.—Pero..... ¿por tu gusto?.....

Isabel.—Por mi gusto, jamás!!.....

D. Ant.—(frunciendo el ceño y en voz casi baja) ¿Lo quieres más que á mí?.....

Isabel.—(se levanta y lo abraza) ¿Más que á tí.....? Eso nunca, nó, nunca..... Es un amor tan distinto y estos dos amores se hermanan tan bien..... Pero ¿quererle más que á tí! ¡celoso! ¿cómo te figuras que pueda yo querer á nadie más que á tí?.....

D. Ant.—[bebiéndose las lágrimas] De modo que para tí yo sigo siendo el mismo, tu padre, tu viejo padre que te idolatra?.....

Isabel.—Pues ya lo creo.....

D. Ant.—¿Qué no me guardas rencor por lo de anoche, que me quieres como antes, que todavía te intereso?.....

Isabel.—(besándolo varias veces) Toma, toma, toma mi respuesta..... ¿quieres más?..... No te guardo rencor, se lo guardo á mi suerte..... Lo de anoche es una desgracia..... sólo á mí me suceden estas cosas..... y si no supiera una que ha de morirse.....

D. Ant.—(le tapa la boca) ¿Qué estás hablando, criatura? Morirte! morirte tú que comienzas á vivir? morirte tú cuando sabe Dios qué felicidades te esperan?.....

Isabel.—[senrío tristemente] Ojalá..... pero si la que te

nia tan cerca se me ha evaporado..... figúrate las porvenir..... (*vuelve á llorar*)

D. Ant.—Ah ¿lloras otra vez?.....

Isabel.—(*sin poder reprimirse*) Si es que el llanto se me viene á los ojos y á la garganta, me ahoga si no sale.....

D. Ant.—Y si yo te ruego que no llores, que no me atormentes, podrás hacerlo?....

Isabel.—(*se enjuga*) Sí, mira..... ya no hay nada....

D. Ant.—Y si también te ruego que te alivies, es decir, que pongas para lograrlo cuanto esté de tu parte ¿lo harás?....

Isabel.—¿Qué he de hacer?....

D. Ant.—Ante todo olvidarte de.....

Isabel.—Nó, eso nó; por Dios no me pidas eso, porque mentiría si dijera que puedo. Ya que me lo quitas á él, déjame su recuerdo..... no temas, no te importunará..... está muy bien guardado..... nadie lo ve.....

D. Ant.—¿Crees que no lo veo yo; que puedes engañarme?.....

Isabel.—Si no te engaño, ya ves que te lo confieso, que te lo anuncio.....

D. Ant.—Pero ¿qué diablos ha podido hacer ese hombre, para que lo quieras así?.... (*exaltado*)

Isabel.—(*con entereza*) Ni yo misma podría decírtelo porque no lo sé; porque no sé cuándo se adueñó de mí... debe haber sido de repente..... sin que yo me diera cuenta.... como calculo que suceden tales cosas.... como se cae uno en la calle, por una piedrecita en la que no se repara y que sin embargo, te derriba....

D. Ant.—Pero, en fin, ¿cuándo te habló; cuándo comenzaste á quererlo?.....

Isabel.—Si no me habló ¿no ves que yo lo quería sin que él me hablara? ¿no ves que cuando me pidió mi cariño yo no lo tenía ya porque desde antes se lo había dado todo?..... ¿no ves [*abrazándolo llorosa*] que ahora, al separarme de él, me has dejado muerto el corazón?....

D. Ant.—(*la acaricia*) No me llores, por tu madre que no me llores, porque triunfas y no es posible que triunfes..... Mira, juzga por tí misma ¿no sabes que los juramentos son sagrados?.....

Isabel.—(*con júbilo*) ¿Si?..... Pues yo tengo hecho uno, y solemne, no me obligues á quebrantarlo, á ser perjura.....

D. Ant.—¿Que tú has jurado?..... (*sonriente*) y ¿qué juraste? vamos á ver.....

Isabel.—Pues le juré á Carlos no ser de nadie sino de él, le juré quererlo como lo quiero, con toda mi alma; y se lo juré por la vida de vds., de vds. que son lo que más venero.....

D. Ant.—Tú eres una chiquilla que no sabes lo que haces, tu juramento puede dispensarlo cualquier confesor con dos ó tres latinajos; mientras yo, juré al caer herido cierta vez que, si vivía, tú, mi hija, la carne de mi carne, no sería nunca ¿lo oyes? no sería nunca de un extranjero.....

Isabel.—¿Carlos extranjero?.....

D. Ant.—Y mucho que sí; la mitad de su sangre y su apellido entero y hasta su aspecto lo son.....

Isabel.—¿Extranjero, cuando vive dentro del alma de tu hija? ...

D. Ant.—(*exasperado*) ¿Luego tú querías que yo cediera, que te entregara á él, al enemigo?.....

Isabel.—(*llora*) Te lo pediría de rodillas, con más fervor que si rezara.....

D. Ant.—Y si me niego?.....

Isabel.—No sé..... quizá me muera.....

D. Ant.—Tú? ¿morirte tú? pero, ignoras que tu vida es la mía? ¿que por salvártela daría yo?.....

ESCENA QUINTA.

DICHOS, Doña Gertrudis.

Doña Ger.—Antonio, Carlos desea hablarte.....

D. Ant.—¿Carlos? ¿Carlos en mi casa otra vez? (*frenético*) Pero se ha creído ese muñeco que conmigo se juega? ¿que no puedo todavía arrojarlo de aquí á paños, con mi bastón ó con mis viejos puños? Pues yo se lo recordaré, vaya si se lo recordaré..... (*se dispone á salir, Doña Gertrudis se coloca en la puerta ó Isabel se levanta y lo detiene llorando.*)

Isabel.—Nó papá, nó por Dios, me matarías.....

D. Ant.—(*deja caer el bastón y se vuelve espantado*) Yo, matarte yo? (*la toma las manos*) Dios me libre..... Repíteme, pero repítelo claro, que lo comprenda mi cerebro, repíteme que lo adoras, que quieres ser suya, que sin él no vives, y entonces que pase, que te lleve, que te lleve á ese cielo que te tiene prometido y que yo no puedo darte.....

Isabel.—Sí, te lo repito, lo adoro.....

D. Ant.—(*cae junto á la mesa llevándose las manos al corazón y á los ojos. Luego, sin volverse, con voz trisísima se vuelve á su esposa*) Ya lo has oído, dile que entre.....(*Vase Doña Gertrudis.*)(*Isabel se acerca á acariciarlo y él la rechaza dulcemente*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS, CARLOS.

Carlos.—(*Muy emocionado.*) Ah señor coronel, permítame Ud. que le estreche la mano, que lo llame el autor de mi dicha.D. Ant.—(*Muy triste, como quien se resigna, le tiende la mano.*) Ahí la tiene Ud. yo en cambio, pudiera llamarlo el autor de mi desgracia.....

Carlos.—D. Antonio, yo le protesto á Ud. que se equivoca.....

D. Ant.—Nada proteste Ud., es más cuerdo..... Quedémonos así, como estamos..... Ud. de victorioso..... yo, de vencido que se entrega.....

Carlos.—(*Muy amable.*) De modo que lo he vencido á Ud?.....D. Ant.—Ud? no señor, qué disparate; vencíome mi hija porque es natural que venciera; porque mi hija manda aquí (*se toca el corazón*) y mi idea por la patria mandaba aquí (*se toca la cabeza.*) Ya ve Ud. si sería desigual la lucha!.....

Carlos.—Y qué importa si todos seremos felices, si el porvenir es nuestro.....

D. Ant.—El porvenir es de Udes., los muchachos; ésta (*por su mujer*) y yo no tenemos sino el pasado..... (*muy conmovido*) tome Ud. á mi hija..... y concluyamos de una vez..... cásense cuanto antes.....Doña Ger.—(*Muy cariñosa se acerca á él y le habla al mismo tiempo que Isabel.*) Ahora si eres mi esposo, ahora si vuelves á ser padre.....Isabel.—(*Besándolo.*) Verdad que me perdonas, que tenía yo razón?.....D. Ant.—(*Separándose de ellas.*) Ah! se me olvidaba algo..... (*vá al escritorio y saca el tubo de los títulos*) Estos títulos (*á Carlos*) tal como Ud. los ve, los recibí de mi padre y así se los entrego á mi hija..... Hasta ayer los creí papel viejo, desde ayer sé que valen veinte mil pesos..... Udes. si quieren, véndalos; yo no vendo á México.....

Carlos.—Nó señor, quémelos Ud. si gusta; me basta con mi Isabel..... ¿qué me importa lo demás?..... Tampoco yo vendo á México, coronel; gano una virgen... y la vendo mi alma... pero á ella sola.....

Doña Ger.—(*Se lleva á D. Antonio á un extremo ó Isabel y Carlos se quedan en el otro charlanto y ríen.*)

tes de gozo). Vaya no insistas ahora; guarda tus papelotes y no les amargues su ventura..... Miralos y goza, señor derrotado.....

D. Ant.—Derrotado sí, pero sabes lo único que me consuela?.....

Doña Ger.—No ¿qué?

D. Ant.—Que por mi edad y por fortuna, no volveré á pelear..... he perdido la última campaña!

TELON.

FÉ DE ERRATAS.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
5	16	quererle	quererte
5	17	muy	una
11	4	como	cómo
11	29	cana	canas
11	34	arrojará	arrojara
21	11	cortez	cortés
21	14	entré	entre
22	24	augmenta repug-	augmenta la re-
		nancia	pugnancia
23	1 ^a	general	general
29	4	le	lo
36	21	mala	mal
38	9	ablándolo	ablándolo

P

U

C

P

U